

La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 21 DE JULIO DE 1913

NÚM. 1.647



ENSUEÑO, cuadro de Juana Romani

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *La institutriz*, cuento de Alfonso Pérez Nieva. - *La campaña de Marruecos*. - *El conflicto de Oriente*. - *Barcelona. Festival en el Parque Güell*. - *El presidente del Congreso en Marruecos*. - *Lilie Boulanger*. - *Dos amores* (novela ilustrada; continuación). - *Actualidades extranjeras*. - *Madrid. Notas de actualidad*. - *La Fiesta del Triunfo en la escuela de Saint-Cyr*. - *Libros*.

Grabados. - *Ensueño*, cuadro de Juana Romani. - Dibujo de Calderé, ilustración al cuento *La institutriz*. - *El regalo del novio*, cuadro de Carlos Vázquez. - *Niña de Talavera*, cuadro de M. Villegas Brieva. - *Rita Sacchetti, celebre bailarina y encantadora de serpientes*. - *Lidia Borelli, celebre tiple de ópera*. - *La campaña de Marruecos* (tres fotografías). - *El conflicto de Oriente* (tres fotografías). - *El asedio*, cuadro de A. Guillaume. - *Genoveva de Orleans*, retrato pintado por C. Walhain. - *Notas de Barcelona, Melilla, Madrid y Saint-Cyr*. - *Lilie Boulanger*. - *La carrera del Gran Premio del Automóvil Club de Francia*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con ocasión de dedicar un homenaje documentado, en tres volúmenes, a la memoria del famoso filólogo colombiano Rufino José Cuervo, el Agustino Recoleta Fray Pedro Fabo entona un himno a la lengua castellana; y no seré yo quien recorte sus elogios a ese idioma, campo donde he arado toda mi vida. Sólo lo haría por dar muestras de imparcialidad, alarde que nos agrada a todos, pues nos realza ante nosotros mismos, como amadores de la justicia.

La lengua castellana, que alcanzó la hegemonía de la Península, y fué, con la portuguesa, una de nuestras dos nacionales, es sin duda magnífica, o por mejor decir, vino a serlo, después de realizada su evolución del latín al romance. A pesar del elemento de acarreo que en ella suponen las voces fenicias, hebreas, góticas, árabes, italianas y tudescas que en su composición entraron, y las que conservó del celta y del vascuence, su vigor ha sido tal, que marcó estos elementos extraños con sello propio. Con razón dice el Padre Agustino antes nombrado, que el habla «fué adquiriendo esa fisonomía peculiar que la distingue de las otras, por su riqueza y complejidad sintáctica, por su modo racional de organizar la construcción flexiva de sus modos y tiempos de conjugación, y la donosura y embeleso de sus modismos, en que el tropo y el lenguaje figurado funcionan a qué quieres lengua». Y si reflexionamos en cómo sucedió que el idioma castellano adquiriese esa fisonomía peculiar, que en todo se revela, comprenderemos que la debe a dos o tres factores principalísimos: en primer término, al pueblo; en segundo, a la clerecía y a los hidalgos.

Por eso cualquiera notará en la lengua castellana el contraste entre las crudas y verdes formas populares y las elegancias ampulosas; y, como en la Edad Media, cuando el idioma emerge, saliendo de su ganga bajo-latina, el pueblo y los señores están estrechamente unidos, no sólo en la aspiración común de la Reconquista, sino por otros mil lazos, del orden social y económico, vemos predominar desde el comienzo las formas castizamente populares, en Berceo y en el Arcipreste de Hita, y reaccionar contra estos juglares los poetas del mester de clerecía, y luego los trovadores, formándose así esas dos lenguas castellanas, que aun hoy, bastardeada la primera, conservan su respectiva situación: fecundo en modismos y gracejos el pueblo, y pegándose a las altas clases, que en ningún país como en España se expresan tan llana, confianzuda y familiarmente, y hasta desde la Restauración acá, están contaminadas e infiltradas de flamenquismo y chulapismo.

El habla más viviente, menos académica, más generadora, sigue siendo todavía la popular. Podrán mancharla barbarismos e idiotismos; pero tiene lo insustituible: la energía gráfica, la espontaneidad, el frescor de manantial que surte de peña viva, amargo unas veces, otras perfumado con olores bravíos de montaña y costa, y hasta con tufos callejeros.

Una de las cualidades del idioma, suele afirmarse que es la abundancia de aquellos refranes que constituirían la sabiduría de Sancho Panza; y D. Adolfo de Castro, cuya *Historia de los protestantes españoles* dió origen a la *Historia de los heterodoxos*, de Menéndez y Pelayo, encarece el caso de que infinitos de estos «evangelios chicos» estén contruidos sin verbo.

Al pueblo se debe que no hayamos perdido, entre las cualidades y excelencias del idioma, una tan latina como la concisión. El pueblo habla poco, pero substancioso, y deja la amplificación y el verbalismo para los escritores.

En la constante y repetidísima afirmación de la superioridad de la lengua española no hemos de ver solamente un prurito de amor propio nacional, sino algo de realidad, fundada en testimonios y monumentos que son nuestra gloria. Así pudo decir Garcés, en su libro *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua*

castellana, que las lenguas de los diversos pueblos y naciones se diferencian mucho entre sí debido (y en esto se adelanta a Taine y sigue las huellas de Montesquieu) al clima, al genio del país, a su legislación, ciencias, trato y comercio, «de donde, como suelen en cada país traslucirse en la estatura, color, ceremoniales y vestidos ciertos toques de propia y natural genialidad, del mismo modo déjanse ver peculiares e individuos modos de hablar, que más dicen con su particular constitución, y punto natural de sus pasiones». Y de aquí deduce este erudito que han formado nuestra lengua los insignes escritores, pero yo creo que ninguno, ni aun Cervantes, es tan poderoso que forme una lengua: lo que hace es dejar de ella testimonios y documentos, más útiles cuanto más sinceros y ricos de contenido.

Siendo la nuestra una lengua cuyo mejor sabor reside en lo popular, todos los clásicos han necesitado sumergirse en ese océano, para salvarse y embalsamarse. Lo culto, en España, vale mucho menos que lo espontáneo: este fenómeno, lo mismo se observa en el idioma que en el arte. La nación se compone de agricultores, de marineros, de soldados, de pastores trashumantes, de artesanos y obreros; ése es el fondo y trasfondo de la raza, en la cual existe, quién lo duda, una mezcla, rastro indeleble de las invasiones y las emigraciones de pueblos distintos, que, como salta impensadamente en el tipo humano, salta en el idioma. Es un hecho singular el de la romanización; pero esta romanización, que excepto en el territorio vasco, hizo desaparecer las lenguas que pudiesen hablarse en la Península, como si las hubiese cancelado con una esponja, hasta el extremo de que se ignore cuáles pudieron ser y no pase de hipótesis cuanto se especule, no logró, como es natural, expulsar un residuo de palabras, que quedaron incrustadas en la lengua nueva, para testimonio de grandes vicisitudes, de luchas y sucesos que la memoria ha olvidado ya. Posteriormente a la romanización, aun recibimos otro contingente importantísimo: el árabe.

Sorprende el caso, lo repito, aun cuando no sea el único, pues lo propio sucedió en Francia; y no digo en Italia, porque Italia pasó sin esfuerzo del latín al romance, y desde el siglo XIII, desde los poetas franciscanos y Dante, tiene su idioma hecho. Parece extraño el que un pueblo entiere su idioma propio, y adopte el de los conquistadores. Sería cosa de creer que las secretas raíces que el habla tiene en el alma, las afinidades de las lenguas con el genio de las naciones, no son tan hondas ni tan indestructibles como se asegura. Por mi parte siempre he creído advertir esas afinidades, adivinar esas raíces, esa identificación del idioma con el espíritu. Es en la literatura donde más la observo, y ya que la literatura no haga el idioma, no puede negarse que lo consolida, y lo embalsama para la inmortalidad. Si la lengua de los primitivos iberos tuviese monumentos literarios, no hubiese dado cuenta de ella tan fácilmente el latín, que le llevaba esta ventaja: poseer excelsos escritores y sublimes poetas. Nadie ignora qué rica contribución aportaron a su decadencia y corrupción como en venganza.

Del hecho de que cada pueblo haya tenido su lengua primitiva, se ha sacado en consecuencia, cuando estaba menos adelantada la filología, que, en tiempos primitivos también, existiese una sola lengua universal. La ciencia demuestra, al contrario, que las lenguas se multiplican, donde apenas existe civilización; y no ha contribuido poco a asentar este convencimiento el estudio de los idiomas de los indios del Nuevo Continente, que son innúmeros, a veces hablados por una sola tribu, y a veces por una o dos personas, generalmente mujeres, las más conservadoras de este elemento. Por lo cual, las pretensiones de los vascófilos, a principios del siglo pasado, de haber sido el vascuence el habla del Paraíso, vehículo de comunicación de pensamientos entre el padre Adán y la madre Eva, parecieron excesivas, aun cuando se le concediese a Astarloa lo que asegura de la admirable perfección y composición sapientísima de tal lengua, que, pese a todos sus méritos y antigüedad, parece sentenciada a desaparecer. Yo no tengo el caudal de conocimientos filológicos que se requeriría para apreciar los argumentos con que Astarloa apoya su entusiasta tesis, llegando a decir que el vascuence es más filosófico y rico que el griego, el latín, el hebreo y el castellano, y por supuesto el chino, que el buen presbítero amigo de Humboldt tuvo la paciencia de aprenderse, para comparar. Sólo encontró que se aproximasen en perfección al eúskaro cuatro lenguas americanas: la aimará, quichúa, guaraní y lule. No obstante, les pone defectos que el vascuence no presenta.

Tampoco cabe discutir la antigüedad formidable de esta lengua. Mi amigo Arturo Campión, que escri-

bió la *Gramática de los cuatro dialectos*, y es un vascófilo tan ilustre como sabio, cree que fué la primitiva española, y lo deduce de los nombres geográficos arcaicos, procedentes del vascuence, a su entender.

Hay que conceder que esa lengua no fué traída aquí por conquistadores ni invasores, sino por los primeros pueblos emigrantes, en remotísimos tiempos; pero falta saber cómo y cuándo esas tribus nómadeas entraron en nuestro suelo. De la diferencia entre los vascos y otros elementos étnicos de España, podemos inferir, aun prescindiendo de la autoridad de Estrabón, que no en toda ella se hablaría el vascuence, y que pudo haber otros idiomas, extinguidos por la romanización. Hasta del hecho de que dure y dure el vasco, mientras las demás lenguas, si las hubo, se extinguieron, puede sacarse la misma consecuencia.

No en balde dijo Huxley que la lengua vasca era desesperación de los filólogos. Siempre tendrá mucho de enigma un idioma semejante en sus raíces a los del Ural, en su sistema de numeración (del cual tanto partido saca Astarloa) a los americanos, y al sanscrito, en analogías de vocalización. Misterio, la afinidad del eúskaro con ciertos dialectos mexicanos.

Sea lo que quiera de cuestiones tan debatidas y que aun no se han esclarecido suficientemente, pues se enlazan al obscurísimo problema de los orígenes de la humanidad, de esa serie de siglos en que, errante, se esparció el hombre por la superficie del planeta, en busca de cielos clementes y tierras que le diesen sustento - el homenaje a Cuervo, obra del Padre Agustino, que por incidencia me ha sugerido las anteriores digresiones, contiene noticias del mayor interés, para los que, sin fanáticas hipérboles, ensalzamos y amamos la lengua castellana. Dícenos el docto Agustino que el Estado de Colombia proyecta ir publicando íntegros los manuscritos de Cuervo, y que éstos constituyen el monumento más vasto que en todos los tiempos se haya emprendido en honor del habla de Castilla. Parece que sólo el *Diccionario de regímenes, filológico y etimológico*, es una inmensa labor, que forma enormes pilas de paquetes de cuartillas, y sólo Dios sabe a cuántos volúmenes alcanzará; seguramente muchos más que el famoso de Littré. Dos tomos de este trabajo titánico han visto la luz, el uno, siete años después que el otro. Para que se terminase la publicación, en suspenso desde este segundo tomo, suscribieron varias naciones americanas la suma de 210.000 francos. Pero Cuervo, como dije ya, y el Agustino recoge mis palabras, estaba acometido de desaliento, que él llamaba «escrúpulos de vieja». Temía equivocarse; temía no apoyarse en datos lo bastante sólidos. «He confiado como todos en la Biblioteca de Autores Españoles, en la erudición de hombres como Durán, como Hartzenbusch. Cuando he conseguido textos originales, he podido ver que esa erudición no es siempre auténtica; que ha habido descuidos de composición, erratas, etc. Sería preciso estudiar directamente los textos primitivos...»

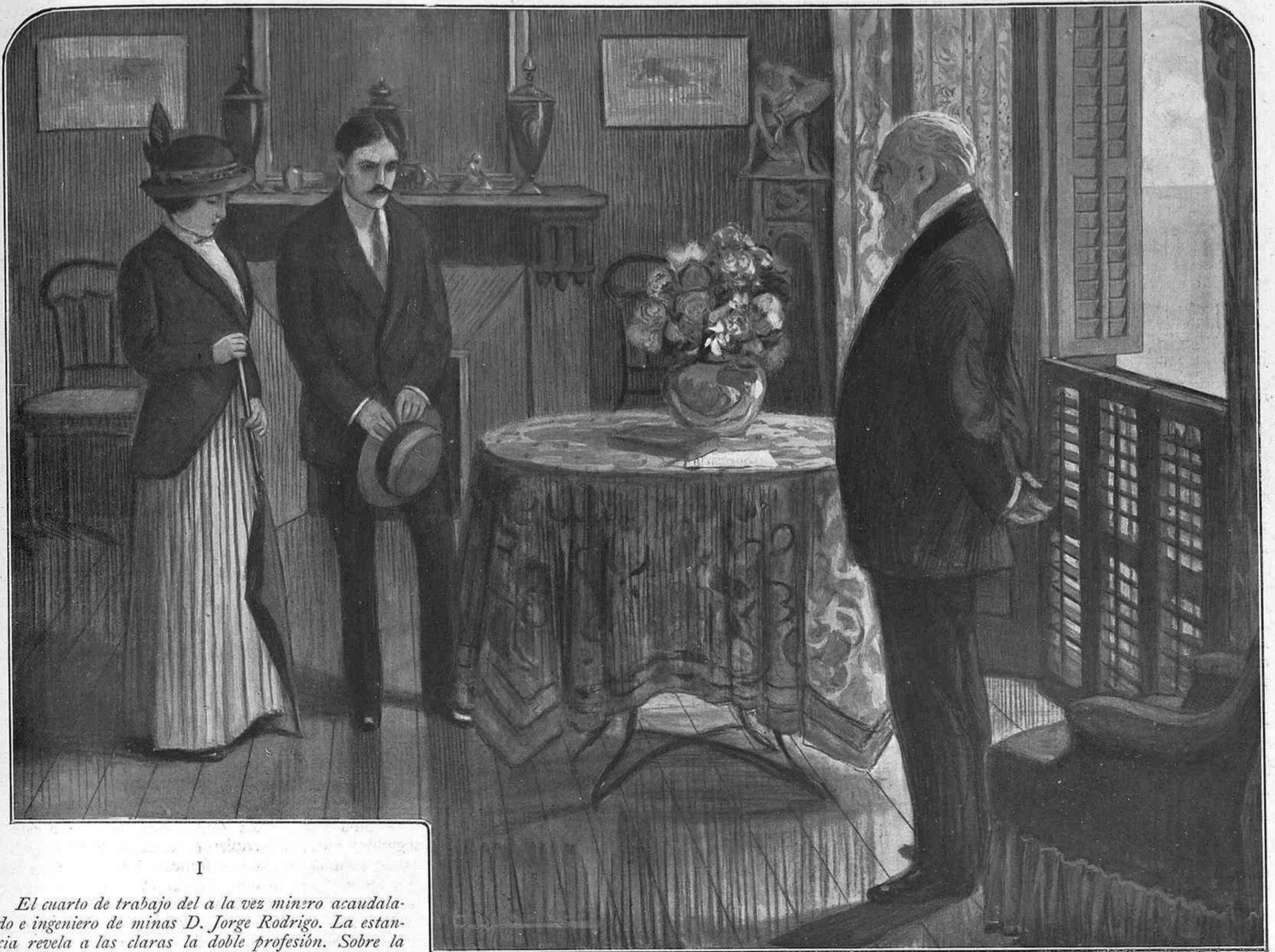
Lo mejor es enemigo de lo bueno. Demasiada conciencia, acaso perjudica. Y por eso, hoy que muerto el sabio se han recogido los materiales de su obra, se aspira a ver continuada la publicación... ¡que buena falta hace!

El Diccionario de Cuervo es, bien lo sé, de distinta índole que el de la Academia Española. Pero las deficiencias de éste, en su género, rayan en lo fantástico. Después de todos los reparos que le puso Valbuena, y que, expresados sin cortesía, tenían fundamento, aun se puede escribir doble, y algo se ha escrito en América misma, y siempre en son de censura, de un *Tesoro* tan pobre donde faltan las cinco sextas partes de las voces castellanas, entre ellas muchas usuales y corrientes. Con decir que cualquier otro Diccionario de los recientemente publicados y que son obra de un solo autor le supera está todo dicho.

Ahora parece que la Academia prepara otro Diccionario, es decir, una nueva edición, corregida, aumentada, perfeccionada, etc., ojalá que orégano sea. Por lo que pueda suceder, no desmayen, los que tienen este encargo, en activar la continuación del de Cuervo, que remediará en gran parte la necesidad presente. Me temo que el de la Academia tendrá vicio de origen: hay criterios dominantes, modos de ser, órdenes de ideas, resabios y estilos que, en esa Corporación, y a despecho de la presencia en ella de muy doctos varones, hacen que todo salga de cierto modo... Por ahora no digo más. Un académico, el P. Mir (de quien hablaremos otro día, y de su obra póstuma), llegó a escribir que los *Salmos penitenciales*, del P. Pedro de la Vega, valen más que cuanto Cervantes produjo. ¡Más que el *Quijote*! Con esto, y con el famoso retrato ¡mal Centenario le preparan al regocijo de las Musas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA INSTITUTRIZ, POR ALFONSO PÉREZ NIEVA, dibujo de Calderé



I

El cuarto de trabajo del a la vez minero acaudalado e ingeniero de minas D. Jorge Rodrigo. La estancia revela a las claras la doble profesión. Sobre la mesa de despacho, de estilo italiano, buen número de papeles; folios amarillentos que trascienden a escrituras, revistas extranjeras que muestran en sus primeras páginas grabados representando maquinarias. En una mesa auxiliar, contigua, planos al ferropusiano y al lado una vitrina con trocitos de mineral de hierro en diferentes fases de elaboración. Larga estantería con libros, en que se destacan los grandes tomos de dos diccionarios enciclopédicos. Una chimenea de cock al rojo. La habitación iluminada por una gran lámpara eléctrica colgada del techo. El reloj de péndola visible, suspendido en el muro, señala las doce y media de la noche.

(D. Jorge, setenta años, cabello y barba como la nieve, y su nieto Adolfo, veinticinco, con su primer bigotillo de foscas guías, de un rubio de trigo maduro, entran en la estancia seguidos del patilludo criado, que los ayuda a quitarse los recios abrigos, llevándoselos después.)

ADOLFO (pegando las narices a la vidriera del balcón, cuyas maderas entreabre). — ¡Ya me lo figuraba yo!

D. JORGE. — ¿Cuántos grados?

ADOLFO. — Dos bajo cero... ¡Y mañana entra la primavera!

D. JORGE. — ¿Nada más?

ADOLFO. — ¿Cómo nada más? ¿Le parece a usted poco, abuelo?

D. JORGE. — El año pasado a estas fechas, cuando nos reuníamos los accionistas españoles y suizos de la mina, teníamos veinte bajo cero en Ginebra. El Lemán se heló en parte.

ADOLFO. — Pues nuestro humilde Manzanares debe correr esta noche la misma suerte. (Removiendo los carbones candentes.)

D. JORGE. — ¡Eres un perro chino!. ¡Vaya unos veinticinco años! (Mira la hora.) Me debo media hora de sueño para cuando pueda liquidar la cuenta. (Saca la petaca y ofrece un cigarro a su nieto.) ¡Vaya el último de hoy, o mejor dicho de ayer, mientras cambiamos las últimas palabras! ¿Qué te ha parecido Julia?

ADOLFO (escudriñando de reojo a su abuelo). — Regular.

... ambos confusos y con el aire anhelante del que espera oír una sentencia

D. JORGE. — ¿Regular sólo?

ADOLFO. — ¿Quiere usted mi opinión leal?

D. JORGE. — Desde luego, porque no te hago la pregunta a humo de pajas.

ADOLFO. — Pues en lo físico, corriente, y en lo espiritual, buena muchacha.

D. JORGE. — Me basta con lo último... y aun con lo primero, porque las grandes bellezas no son las mejores esposas.

ADOLFO. — ¿Pero qué es lo que dice usted, abuelo?

D. JORGE. — Lo que oyes. Ve en esa... corriente y buena muchacha tu prometida.

ADOLFO. — ¡Abuelo!

D. JORGE. — La comida de esta noche lo ha sido de aproximación. Hace ya meses que andamos el Sr. Ferrando y yo de conferencias sobre el particular. Es una boda como no pudiste soñar nunca. Hija única, su padre banquero. Necesita un abogado que se interese en sus asuntos por algo más que por la minuta. Ese eres tú. Se dedica a negocios de minas; ahí entro yo, y como yo me moriré ya pronto, ahí entras tú para el porvenir.

ADOLFO. — ¡Me deja usted estupefacto! ¡Y todo eso sin contar con mi voluntad!

D. JORGE. — ¡Bah! Si se cuenta en casos tales con las voluntades jóvenes, naufragio seguro.

ADOLFO (resuelto). — ¡Puedo yo tener empeñados compromisos matrimoniales!..

D. JORGE (con acento algo duro). — ¡Hola! ¿Qué es eso?

ADOLFO. — Pues sí, a qué andar con rodeos puesto que usted va derecho a su fin... No puedo casarme con Julia. Amo a otra mujer.

D. JORGE. — ¡Amoríos de veinticinco años!

ADOLFO. — Amores firmes... Amo a...

D. JORGE (interrumpiéndole). — No quiero saber nada..., ni admito discusiones. Tú estás ciego como se halla uno siempre a tu edad. Ahora me tacharás de tirano, mañana me darás las gracias. Te doy dos

meses para romper esos amores, sea de la clase que quieran...

ADOLFO. — Honrados y puros.

D. JORGE. — Mejor... Ruptura sin escándalo.

ADOLFO. — No, no, es inútil... Yo lo sentiré en el alma porque le respeto a usted profundamente, pero...

D. JORGE. — Eres mayor de edad, te emancipas y mantienes a tu mujer del aire, puesto que no ganas un cuarto... Nada..., ni una palabra más hoy; es muy tarde... Dos meses... Y ya me conoces... Cuando tomo una resolución..., inflexible.

II

Un vagón del funicular de Lugano a San Salvatore, trepando por la áspera vertiente, rayada delante y detrás del coche por los dos carriles paralelos que relucen al sol entre las frondas y los céspedes. Sólo dos viajeros ocupan uno de los departamentos, un hombre en sus setenta años, de blanca barba y blancos cabellos, y una joven de negro pelo y pálida tez, como en sus veinte abríles.

(La joven forcejea, a poco de arrancar, para correr un vidrio difícil, porque la mañana aun de mayo es fría y la temperatura baja a medida que el vapor se remonta.)

ANCIANO (acudiendo galantemente en auxilio de la viajera). — Attendez, s'il vous plait, mademoiselle.

JOVEN (con dulzura). — Je vous remercie, monsieur. (Pausa. El anciano atisba a su compañera a hurtadillas. De pronto repara en el bolso de la joven y lee la marca de la tienda, en castellano.)

ANCIANO (sonriéndose y encarándose con la joven). — No sé por qué me había dado el corazón que éramos compatriotas.

JOVEN. — ¿Es usted español?

ANCIANO. — Como usted... Y probablemente los únicos que hay a la fecha en Lugano. Hemos venido

demasiado pronto. Hasta julio no empiezan a acudir aquí los turistas. Casi todas las quintas de Paradiso se hallan aún cerradas y en los hoteles somos una docena de huéspedes.

JOVEN. — Es verdad. En el Oberland, donde yo me alojo, no pasamos de ocho.

ANCIANO. — Igual sucede en el mío, el Metropole, dondemetiene a sus órdenes. (Pausa.) Perdona usted mi indiscreción. ¿Usted viaja sola? Es muy raro eso en una española..., y mucho más en sus pocos años. (Aparte.) ¡Es encantadora!

JOVEN. — Yo no viajo, señor..., me viajan.

ANCIANO. — ¡Pues no lo entiendo!

JOVEN. — Soy institutriz... y sola en el mundo; no tengo padres. Se me ha proporcionado la educación de unas niñas americanas y me han dado cita aquí para incorporarme a ellas.

ANCIANO (con acento compasivo). — La suerte la ha probado a usted en plena primavera de la vida... ¿Y hace mucho que es usted huérfana?

JOVEN. — Tres años. Por fortuna, Dios, al someterme a tan dura prueba, me ha dado como compensación un gran amor al trabajo y una fuerte voluntad, y así he podido hacer mi carrerita y ganarme honradamente mi pan.

ANCIANO (con acento de entusiasmo). — Es admirable lo que usted me cuenta y no hay muchas mujeres que puedan decir lo mismo.

JOVEN. — Más de las que usted se cree, señor. Los hombres — no se ofenda usted — no saben encontrarlas porque viven en la sombra. Esto es todo.

ANCIANO (aparte). — ¡Tiene verdadero talento! Estamos llegando. ¿Conoce usted ya la montaña?

JOVEN. — Subo por primera vez.

ANCIANO. — Entonces..., si no le enoja mi atrevimiento, me permitiré ser su guía... Entre ambos median bastantes años para alejar toda malevolencia.

JOVEN. — Es usted amabilísimo.

ANCIANO (deja el paso a la joven y salen ambos del compartimiento, deteniéndose un instante en la meseta del restaurán, que destaca en pleno espacio sus crestas). — ¿Por qué? La fraternidad es una de las virtudes del turismo... Por aquí. ¡Verá usted un panorama espléndido!

JOVEN. — El primero de montaña de que gozaré en mi vida.

ANCIANO. — Miel sobrehojuelas.

III

Cuatro días después. Un cuarto de hotel, bien puesto, con muebles modernistas de madera azulada, y un balcón antepecho, en el cuarto piso, que por su altura domina todo el lago, desde el macizo de frondas de Paradiso hasta la verde punta de Carmagnola. D. Jorge Rodrigo, el señor anciano del funicular, abriendo su correspondencia. A través de la masa de agua pasa un vaporcito blanco.

ANCIANO (mirando afuera). — Ya se va el segundo vapor de Ponte Tresa... Poca gente... Mucho pelo

rubio... Ingleses. Los únicos que lo entienden viniendo ahora aquí. (Abre lo primero un telegrama.)

¿Cómo? Mi consuegro futuro presentando su candidatura liberal enfrente de la mía... ¡Pero eso es una traición y una villanía!

¡Pues no habíamos quedado en que me dejaba el campo libre, retirándose! (Quita la faja a un diario.) Veamos lo que dice el periódico local... ¡Pestes contra mí!... ¡Que tengo el distrito abandonado! ¡Es intolerable! (Da un reloj las once.) ¡Vaya, vámonos a tomar nuestro vermut de aire puro... y a charlar un rato con la institutriz en la alameda! (Coge los guantes.) Pues señor. Si yo no fuera una persona formal y no pudiera ser su abuelo, creería que me he enamorado de ella... La verdad es que no he tropezado hasta ahora con una mujer más completa... Lindísima, ingeniosísima, encantadísima... y talentudísima... ¡Es una lástima que tenga que andar rodando por esos mundos de Dios para ganarse la vida! ¡Pobre criatura!

IV



El regalo del novio, cuadro de Carlos Vázquez

De Adolfo anunciando su llegada... ¡Gracias a Dios! Me iba escamando un poco con su tardanza... ¡Esos

días más tarde. De pie, uno al lado del otro, la joven del funicular y Adolfo, el nieto de D. Jorge, ambos

confusos y con el aire anhelante del que espera oír una sentencia. D. Jorge paseándose por la habitación, en actitud iracunda, pero que deja adivinar cierto forzamiento afectado.

D. JORGE. — ¡Está bien! ¡Requetebién! ¡Conque una conjura en toda regla y a fe mía muy sabiamente urdida!

ADOLFO (esforzándose por aparecer sereno). — Perdón, abuelo, yo te suplico encarecidamente que me perdone, pero iba en ello mi felicidad, y venciendo el plazo que me habías señalado para mi respuesta, decidí jugarme el todo por el todo. Luisa ha sido efectivamente contratada por esos americanos, aunque la cita para reunirse con ellos no es sino hasta mediados de junio. Le han adelantado dinero y entonces se me ha ocurrido el plan que hemos llevado a término. Que se ponga en contacto con el abuelo — me dije — que la conozca tal como es y el triunfo es seguro. ¿Me he equivocado?

(Pausa y ansiedad en los dos jóvenes. De pronto D. Jorge cesa en sus paseos, se para en firme, asómasele al rostro una viva ternura y abre amorosamente los brazos.)

D. JORGE. — Pues bien no, no te has equivocado, ¡qué demonio!, el equivocado era yo. Luisa es un ángel y una perla, que merece todo el amor que le profesas. Como si nada te hubiese propuesto respecto a la hija del banquero. Así como así, me ha jugado éste una mala pasada que me dispensa de la más leve consideración... Conque, que Dios os haga felices.

(Ambos jóvenes se precipitan en los brazos del anciano, que los estrecha conmovido contra su corazón.)



Niña de Talavera, cuadro de M. Villegas Brieva

amores!.. (Rompe un sobre.) De mi corresponsal en las minas... (De pronto, inmutándose mientras lee.)

trecha conmovido contra su corazón.)



RITA SACCHETTI, célebre bailarina y encantadora de serpientes



LIDIA BORELLI, célebre tiple de ópera

LA CAMPAÑA DE MARRUECOS. (Fotografías de Antonio Rectoret.)

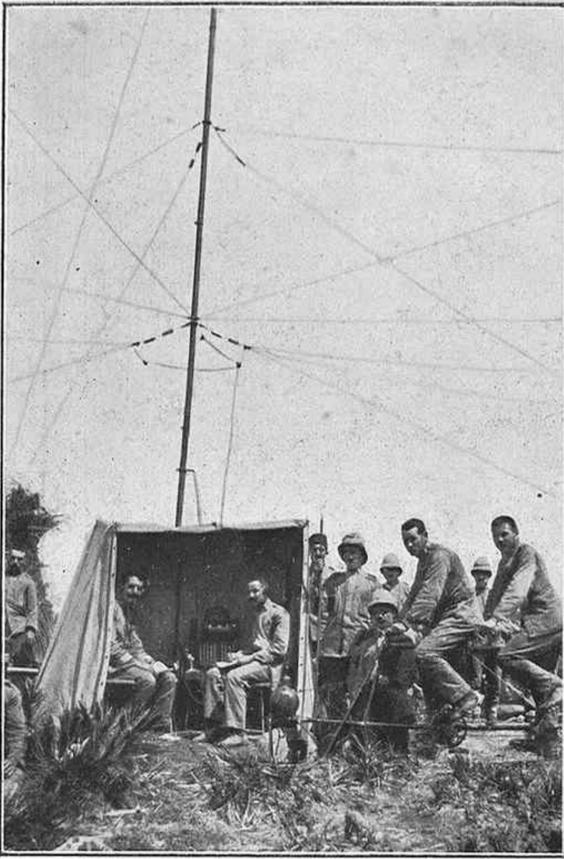
El día 8 efectuóse una importante operación cuyo objetivo era conocer el número y la situación del enemigo que se concentraba entre Zanina y Samsa, por un lado, y las estribaciones

protegido por la artillería del campamento y sobre todo por las baterías Schneider de Lauzién que barrieron materialmente a los moros, causándoles numerosas bajas. A las siete de la noche, habían regresado las tres columnas al campamento sin más bajas que un teniente y nueve soldados heridos.

El día 11 y con objeto de desbaratar una considerable concentración de moros sobre Zadina, efectuaron una operación cuatro columnas combinadas, al mando respectivamente del coronel Prieto y de los generales Berenguer, Arráiz y Primo de Rivera. Las cuatro columnas llegaron a los poblados del llano del Jemis, destruyeron varios aduares y se apoderaron de

tras fueron dos oficiales, un sargento y dos soldados muertos y seis oficiales, tres sargentos, seis cabos y cincuenta y cinco soldados heridos.

El día 14 el comandante general de Alcázar, Sr. Fernández Silvestre, dispuso una operación combinada para castigar a la cabila Ahlatris que se mantiene en constante rebeldía. Tomaron parte en ella dos columnas, una al mando del teniente coronel de Saboya y otra a las órdenes del citado general. Después de haber pasado por la cabila Jolot, cuyos habitantes hicieron acto de sumisión, entablaron combate con el enemigo, durante la lucha desde las nueve hasta la una y media en que



Estación radiotelegráfica en la posición de Lauzién

de Ben Homar, por otro. Al efecto salieron de Tetuán tres columnas: una, mandada por el coronel Prieto, subió al monte Dersa, avanzando luego sobre la barrancada de Samsa; otra, al mando del general Primo de Rivera, llegó hasta la falda de Lauzién; y la tercera, a las órdenes del general Berenguer, marchó por el centro.

Practicado el reconocimiento, en el que nuestras tropas se encontraron con un número de moros muy superior al que se había visto en otras operaciones, efectuóse la retirada de las columnas al campamento, arrojando entonces sus ataques el enemigo con verdadera furia. No obstante esto, el repliegue de las fuerzas españolas efectuóse con todo orden, eficazmente

numerosas cabezas de ganado; y después de siete horas de fuego, lograron dispersar al enemigo en todas direcciones y se retiraron con orden completo. Las bajas sufridas por los moros en esta jornada debieron ser enormes, pues solamente en el campo, nuestros soldados recogieron 46 cadáveres. Las nues-

se efectuó la retirada. Los moros quedaron duramente castigados y sufrieron muchas pérdidas; además se les quemaron ocho aduares.

Las bajas de nuestras tropas fueron dos muertos, nueve heridos y dos contusos. - R.



Baterías Schneider de la posición de Lauzién disparando contra el enemigo durante el combate del día 8



Vista general del campamento de Lauzién durante el combate del día 8. El general Arráiz (x) observando los movimientos del enemigo

EL CONFLICTO DE ORIENTE. - GUERRA ENTRE LOS ANTIGUOS ALIADOS

Los Estados balkánicos y Grecia, que tan admirable ejemplo de fortaleza y de unión dieron durante su lucha contra Turquía, no han sabido observar igual conducta después de su brillante victoria. La guerra los juntó y en la paz se separan y se combaten encarnizadamente, perdiendo con ello no sólo la alta consideración que ante Europa habían conquistado, sino también las ventajas materiales que les valieron sus triunfos militares.

pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el día 30 del mes pasado los búlgaros atacaron en todas sus líneas a los griegos y a los serbios; aquella misma noche la guarnición griega de Salónica intimó la rendición a un destacamento búlgaro que había en aquella plaza y habiéndose éste negado a rendirse, los griegos atacaron las casas en que

La ruptura de relaciones diplomáticas búlgaro-griegas y búlgaro-serbias efectuóse en los días 4 y 6 respectivamente, fechas en que abandonaron Sofía,



Salónica. - Edificio ocupado por los soldados búlgaros y que los griegos atacaron con cañones y ametralladoras. (Fot. Argus Photo.)



El príncipe heredero Fernando de Rumania, nombrado generalísimo del ejército rumano. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

se alojaban sus contrarios, haciendo uso de los cañones y de las ametralladoras. Después de varias horas de lucha, los griegos hicieron prisioneros a un jefe, siete oficiales y 1.028 soldados.

Desde aquel día, y a pesar de no estar declarada oficialmente la guerra, no cesaron los combates, habiendo llevado en ellos la peor parte los búlgaros, que se han visto obligados a retirarse

Belgrado y Atenas los representantes de los Estados en guerra.

A todo esto, Rumania ha movilizado su ejército, poniendo en pie de guerra 600.000 hombres, de los que ha sido nombrado generalísimo el príncipe heredero Fernando. Y no se ha contentado con esto, sino que ha comenzado ya a invadir el territorio búlgaro, ocupando Silistria y otras poblaciones y avanzando sobre Dobritch.

Rumania, al parecer, no pretende con esta actitud ninguna conquista territorial; se propone únicamente dos cosas: primera, mantener el equilibrio balkánico que un engrandecimiento de Bulgaria destruiría en detrimento suyo; y segunda, asegurarse una frontera estratégica para la defensa de sus territorios. Es de suponer, sin embargo, que si el curso de los acontecimientos la obligase a emprender importantes operaciones militares y éstas se viesan coronadas

por el éxito, no se limitarían sus pretensiones a lo que dejamos dicho.

Turquía, a su vez, ha querido aprovecharse de la situación y ha ordenado a las tropas que tenía en Tchatalcha que avancen por la Tracia, hacia Andrinópolis, con el propósito de recuperar esta importante plaza. Ante esta actitud, Bulgaria ha resuelto retirar sus tropas al otro lado de la línea Enos-Midia, evacuando, por consiguiente, desde luego los territorios que el tratado de Londres adjudica a Turquía y que el ejército búlgaro todavía ocupaba.

Las potencias, y especialmente Rusia, en quien parece que se ha confiado Bulgaria, hacen esfuerzos para solucionar el conflicto. De todos modos, la actual guerra no puede ser de larga duración,

a menos que de ella surgieran nuevas complicaciones, lo que no es probable. - R.

Servia y Grecia están hoy en guerra abierta con Bulgaria y los que hace poco combatieron unidos y se ayudaron unos a otros como hermanos, pelean actualmente entre sí con más saña, si cabe, que pelearon antes contra el enemigo común. ¿De quién es la culpa? Naturalmente cada parte beligerante se la achaca a la otra; pero ciertos documentos cogidos a varios oficiales búlgaros hechos prisioneros hacen suponer, con grandes visos de fundamento, que la ruptura de hostilidades obedeció a un plan premeditado por el Estado Mayor búlgaro y según el cual debía efectuarse un avance general con objeto de cortar las comunicaciones entre serbios y griegos y de apoderarse de Salónica.

El gobierno de Sofía afirmó desde los primeros momentos que ignoraba las proyectadas operaciones, dijo haber comunicado las órdenes necesarias para

que las hostilidades cesasen y pidió a los gobiernos de Belgrado y de Atenas que hicieran lo propio;

de sus principales posiciones y han sufrido en muchos puntos verdaderos descalabros.



Salónica. - Soldados búlgaros hechos prisioneros por los griegos y conducidos por éstos para ser embarcados con destino a Creta. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)



EL ASEDIO, cuadro de A. Guillaume

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



EN LA COSTA DE ESMERALDA. RETRATO DE LA PRINCESA GENOVEVA DE ORLEÁNS, por C. Walhain

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

BARCELONA

FESTIVAL EN EL PARQUE GÜELL

Organizado por el Centro Regional Valenciano, a favor de la sección de beneficencia del mismo, celebró el domingo 13 del corriente en el pintoresco Parque Güell un festival que estuvo concurridísimo y en el que tomaron parte el *Esbart catalá de dançaires*, el *Sport Ciclista Catalá*, la banda de música del batallón de cazadores de Mérida y otros valiosos elementos.

Ejecutáronse varias danzas típicas valencianas y catalanas, éstas por el citado *Esbart* y aquéllas por numerosas parejas ataviadas con trajes regionales; hubo carrusel, a cargo del *Sport Ciclista Catalá*, y carreras de cintas en bicicleta; elevaronse globos aerostáticos, disparáronse artísticos fuegos japoneses que llamaron mucho la atención y terminó la fiesta con el disparo de un gran castillo de fuegos artificiales y de una traca de lujo.

Todos los números del programa fueron extraordinariamente aplaudidos.



mas, el Peñón, Tetuán, Ceuta y otros puntos, habiendo recibido en todas partes grandes muestras de afecto no sólo de los españoles, sino también de los más importantes elementos indígenas.

LILIE BOULANGER

La Academia de Bellas Artes de Francia ha concedido el Gran Premio de Roma de composición a la señorita Lilie Boulanger, primera mujer que obtiene esta recompensa en la sección de música. La pieza del concurso era una cantata *Faust y Elena*, cuya letra había sido compuesta por Eugenio Adenis sobre un episodio del inmortal poema de Goethe; la obra de la señorita Boulanger es, al decir de los críticos parisienses, una hermosa composición musical.

La señorita Boulanger cuenta diez y nueve años y es hija del notable profesor de canto, exgran premio de Roma y autor de la ópera *Don Quichotte*.



Barcelona. Festival organizado en el Parque Güell por el Centro Regional Valenciano. -Señoritas de la colonia valenciana, vestidas con trajes típicos de su país, que se encargaron de la venta de flores y juguetes. - El público presenciando los bailes típicos regionales (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Una de las notas más simpáticas de la fiesta la dieron varias distinguidas y bellísimas señoritas de la colonia valenciana que, elegantemente vestidas con el traje típico de las *llauradores*, vendían flores, abanicos, tabacos, bombones, juguetes y otros objetos, obteniendo magnífico resultado de sus ventas.

El festival fué brillantísimo y de su éxito puede mostrarse orgullosa la entidad que con tanto acierto supo organizarlo.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO

SR. VILLANUEVA EN MARRUECOS

Desde hace algunos días está efectuando una excursión por las posesiones españolas en Africa el ilustre político, exministro y actual presidente del Congreso Sr. Villanueva.

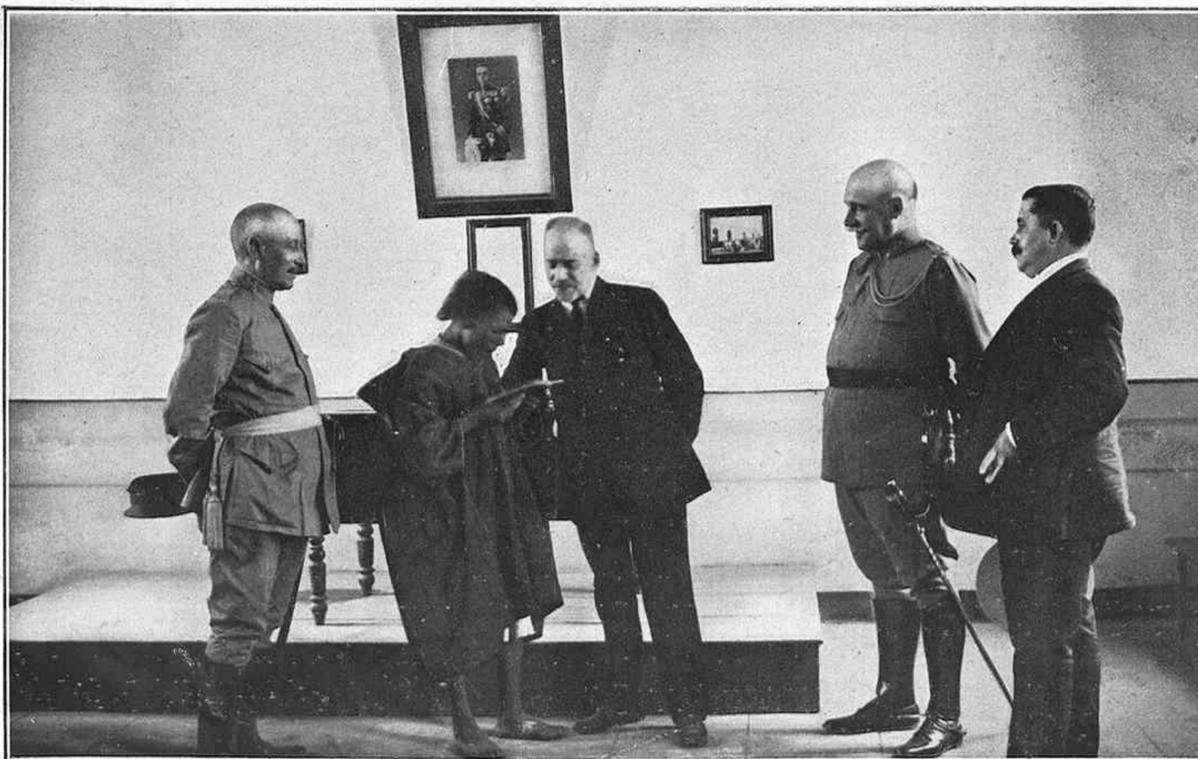
Llegó el día 9 a Melilla, siendo recibido por los generales, autoridades y los más importantes elementos de la población y por una comisión de notables moros adictos presidida por el Bachir. Durante su estancia en Melilla, el Sr. Villanueva visitó el cementerio, la escuela indígena, las obras del puerto, las canteras de Sidi Muza, el zoco el Had, los hospitales y los cuarteles, las posiciones de Segángán, San Juan de las Miras, en donde la Compañía de las minas del Riff le obsequió con una comida, Ishafen, en donde recibió a una comisión de notables indígenas, el monte Uixán, la fábrica de harinas y otras industrias de Nador, el Zaio, Zeluán y el vado del Muluya, los terrenos de la Compañía Agrícola Marroquí, el monte Arruit y las minas del monte Afra.

Además, el Sr. Villanueva ha visitado Chafarinas, Alhuce-

Es una excelente pianista y arpista, y sólo desde hace dos años se dedica a la composición.



Srta. Lilie Boulanger, a quien la Academia de Bellas Artes de París acaba de otorgar el Gran Premio de Roma de composición musical. Es la primera mujer que obtiene este premio. (De fotografía de Photo-Hispania.)

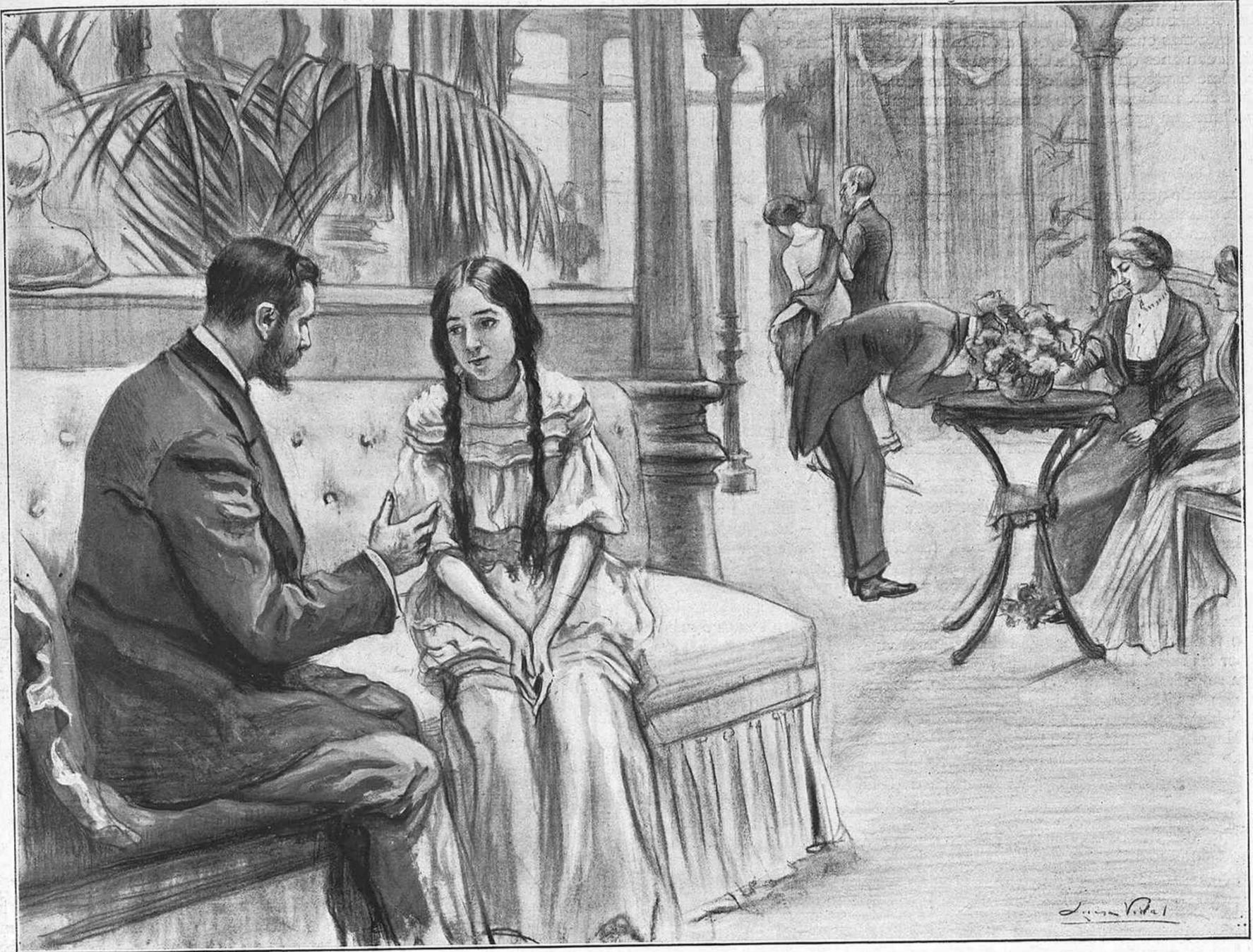


Melilla. - El presidente del Congreso de los Diputados Sr. Villanueva en la Escuela indígena del Zoco del Had viendo a un niño moro leer un trozo de la Historia de España. (Fot. de Lázaro.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

DOS AMORES

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE LUISA VIDAL. (CONTINUACIÓN.)



Raimundo continuaba sentado junto a Clelia y le hablaba ardorosamente...

Lo mismo sucedió durante ocho días. Las veces que estuve en casa de la condesa, nunca encontré en ella a Raimundo, y el general seguía diciéndome que Clelia continuaba indispueta.

Yo había ido varias veces a casa de mi amigo, pero Charrúa me había dicho siempre que no estaba. Volví una vez más y obtuve la misma respuesta.

En vista de esto encargué a Charrúa que dijese a su amo que el amigo había llamado siete veces a la puerta del amigo y que la puerta no se había abierto.

Tres horas después, Charrúa venía a mi casa y me entregaba una carta de Raimundo.

La cual carta decía así:

«Razón tienes en quejarte de mí, en decir que yo soy un ingrato; pero aun sabiendo que tengo mucha culpa y que he hecho traición a los deberes de la amistad, espero que la franqueza con que a mí mismo me acuso, hará que se muestre el juez más benévolo.

»Te debo una confesión, una confesión que quizás no haría a mi propia madre, si todavía viviese, y que mi pensamiento no quisiera hacer a mi alma si dependiese de mí.

»Lo diré sin titubear: «amo». Quisiera aún en este momento suavizar esta afirmación y decirte simplemente: «tengo miedo de amar», y acaso estaría en lo cierto; pero pienso que en estas cosas la sospecha equivale a la realidad; y, por otra parte, la vacilación prolongaría la aficción que ha durado hasta ahora.

»Para no proseguir en una lucha desigual prefiero darme por vencido.

»¿He de decirte a cuál mujer amo? Ya lo has adivinado: a Clelia.

»No te sonrias de mi orgullo. Cuanto tú puedas decirme me lo he dicho yo mismo. He pensado en su belleza, en su gracia, en su candor; luego he mirado dentro de mí, he escudriñado todo lo que allí hay de bueno y me ha parecido poca cosa. ¿Debo decírtelo? Me he encerrado en mi cuarto y he pedido al espejo una palabra de consuelo.

»El resultado de este suplicio ya lo conoces: he dejado de frecuentar la casa en donde habría encontrado a la gentil criatura y he dejado de verte a ti porque no habría podido resistir a la tentación de pedirte noticias de ella; cuando me lisonjeaba de curarme de mi delirio, parecíame que si alguien, aunque fuera el mejor de mis amigos, hubiese podido mirar en mi corazón, me habría sentido impotente para aquella cura.

»No te diré cuánto he sufrido hasta hoy, cuánto sufro todavía; ni cómo el primer soplo de esta pasión vino a despertar en mí los entusiasmos de los años primeros; ni cómo al cabo de pocas horas aquella pasión se convirtió en fuego insaciable. Todo el día de hoy me torturo sin piedad; quisiera llorar y no encuentro una lágrima. No sé por qué, pero en medio de esta desesperación sin fin, oigo de cuando en cuando voces que me repiten promesas de amor; es como una alegría severa que va acompañada del dolor y que tiene el mismo manantial que el llanto.

»Hay momentos en que parezco un niño y en que quisiera alzar del sepulcro a mi pobre madre para apoyar mi cabeza en sus rodillas y soñar con los ojos abiertos.

»Otras veces me paseo a grandes pasos desvariando y para desahogar mi despecho pongo mala cara

a Charrúa. ¡Pobre Charrúa! Desde hace algunas noches, vela junto a mi lecho; y aunque le he dicho que se fuera a dormir no ha querido hacerme caso. He tenido que echarlo de mi cuarto, pero cuando me creía dormido, volvía de puntillas, me miraba cariñosamente y se marchaba sin hacer más ruido que una fantasma.

»Este es mi secreto. Juzga tú si merezco compasión o reproche.

»Habría ido a verte; mas he pensado que escribiéndote tendría más valor.

»Ya lo ves; estoy extenuado, mi ánimo flaquea. Dime una sola palabra e iré a tu casa.»

«Haré mejor que esto, pensé; iré yo a la suya.»

Y haciendo una seña a Charrúa, que durante todo aquel tiempo había permanecido inmóvil y pensativo, salimos juntos.

**

Raimundo no había callado nada en su carta; y, sin embargo, al verle aumentó mi dolor.

Me repitió su enamoramiento, sus dudas, el temor de no ser grato a los ojos de Clelia. Avergonzabase de amar, que, con su rostro y sus modales, parecía una flaqueza; y cuando, a pesar de todo, había de pronunciar esa palabra que la naturaleza ha esculpido en todas sus criaturas, balbucía y me miraba frente a frente, temiendo que me burlase de él.

Una de las extrañezas de las cosas humanas es que el vicio usurpe a veces los despojos de la virtud y que haya malvados que se jacten de su abyección y hablen de sus culpas y pongan al descubierto sus

fealdades con verdadera complacencia; pero es aún más extraño que la virtud se sonroje de sí misma y le falte poco para no rebajarse a pedir la capa del vicio. Y yo opino que si los hombres no se defraudasen mutuamente un espectáculo que sana muchas llagas y desdeñasen ese falso tributo a la culpa, la carga de sus dolores sería más ligera.

Convencí a Raimundo de que esperase, de que confiase en mí, lo que no me costó gran trabajo porque la soledad le había hecho condescendiente; pero puse como primera condición que aquella misma noche fuera conmigo a casa de la condesa. Al pronto se negó; mas cuando le dije que Clelia no había ido a las reuniones de aquella desde hacía una semana, acosóme a preguntas, a las cuales yo no sabía qué contestar. Entonces ya no persistió en su negativa y quedamos en que aquella noche iría a buscarme.

* *

Creendo que si era el primero en llegar se encontraría menos embarazado, fué él quien me dió prisa; pero cuando estuvimos en casa de la condesa, a pesar de la poca esperanza que tenía de que Clelia fuera y de que la hora no era la más a propósito para encontrarla ya allí, Raimundo casi se dolió de que no estuviese. Pero fuese casualidad, fuese providencialmente, una hora después, la joven entraba en el salón acompañada del anciano general.

Si mi juicio no andaba equivocado, parecióme que Clelia, al ver a Raimundo, se turbaba, como si hubiese creído no encontrarlo; y partiendo de esta primera observación, figuróseme leer durante toda aquella noche en su rostro las huellas de la turbación y sus esfuerzos para disimularla.

Comuniqué mi pensamiento a Raimundo y fácil es suponer lo que le diría su corazón. Desde aquel instante tomó el propósito de revelar el estado de su alma; y recogiendo todas sus fuerzas, acercóse a ella, la saludó y se sentó a su lado.

«El salvaje se ha hecho hombre, dije para mis adentros. Y juro que ningún mortal que viva hasta mañana, podrá decirse más feliz que Raimundo.»

No teniendo cosa mejor que hacer, di unas vueltas por las salas. Una hora después quise ver a qué altura se hallaba Raimundo de su laberinto, y le busqué con la vista. Continuaba sentado junto a Clelia y le hablaba arduosamente...

«¡Magnífico!, pensé, y continué recorriendo los salones.»

* *

Después de dos horas, que me parecieron eternas, la gente empezó a desfilar.

«He aquí dos criaturas que habrán encontrado la velada corta, me dije, mirando a Clelia y a Raimundo.»

En aquel momento, el general se acercó a la joven; ésta se levantó y saludando a Raimundo alejóse. Cogí del brazo a mi amigo con el pretexto de despedirnos de la condesa y llegué aún a tiempo de que se encontrase otra vez con Clelia.

— ¡Ah, tunante!, le dije cuando hubimos salido. No podrás quejarte de mí.

Pero por el malhumor de Raimundo comprendí que la broma no era oportuna.

Había estado toda la noche junto a su amor y no le había dicho que su amor era ella; había permanecido toda la noche a su lado, la había seguido durante dos horas como un espectro y le había hablado en voz baja sólo para relatarle sus viajes entre las tribus indias y describirle las costumbres de los *Lenguas*, de los *Pampas* y de los *Aguitecheducayas*.

No sé cómo me pude aguantar la risa; el espectáculo de su dolor me contuvo.

Ahora, recordando aquel día y pensando en aquella pulcritud de enamorado, pareceme que sólo la risa de los cínicos podría tomarla a burla, y que a una edad en que tan cerca se está de la niñez, que un latido apresurado de nuestro corazón puede renovar las dulzuras de la misma, obran muy mal los hombres huyendo de ella con el sonrojo en las mejillas.

El lector perspicaz hará bien en no reirse de Raimundo; y tanto mejor para él si ha tenido en su existencia una hora en que se le haya parecido.

* *

Raimundo fué tranquilizándose y cuando estuvo sereno, puso al cielo por testigo de que otra vez sería más osado.

Animado de este propósito, volvió a la noche siguiente a casa de la condesa; pero Clelia no fué.

Lo propio sucedió al otro día y al otro.

El general continuaba yendo con la misma regularidad; y era evidente que no habría ido si la señorita Clelia hubiese estado enferma.

Cuando Raimundo se hubo formulado esta conclusión, adoptó su partido. Si se había mostrado débil y temeroso con una mujer, sabía ser franco con un hombre, y aprovechando un momento en que el general se afilaba los bigotes en un ángulo de la sala acercóse a él.

El general se inclinó ligeramente, sin apenas hacerle caso; pero Raimundo insistió y preguntó por su salud. El general encontrábase perfectamente; mas cuando comprendió que su interlocutor no quería dejarle en paz, preguntóle entre sonriente y ceñudo:

— ¿Me conoce usted?

— Tengo esta satisfacción. Usted es el general R. y me fué presentado por la condesa y desde entonces no le he olvidado.

— Me honra usted en demasía.

— Yo soy Raimundo X.

— Lo celebro.

— ¿Usted es también, si no me engaño, el tutor de la señorita Clelia?

— El mismo.

— ¿Está enferma la señorita Clelia?

— No.

— Como que hace días que no viene...

— Es verdad.

Raimundo comenzaba a perder la paciencia, y comprendiendo que no había modo de hacer hablar a aquel viejo huraño, cambió de táctica.

— Si me lo permitiese usted, quisiera decirle algo a propósito de la señorita Clelia.

El general se volvió bruscamente y miró de frente a Raimundo. Luego, con afectada cortesía, le dijo:

— Siéntese usted.

— La señorita Clelia me gusta.

— ¿Y con qué derecho le gusta?, interrumpióle el general con aspereza.

— Porque la amo, respondió Raimundo.

— ¡La ama usted! ¿Y de qué modo la ama?

— No conozco más que un modo de amar.

— Tiene usted razón, dijo el general amansado por la sinceridad de Raimundo.

Pareció reflexionar un rato y su frente se serenó.

— ¿Y Clelia está enterada de este amor?, preguntó al cabo de un instante.

— Creo que no.

— Pues entonces, ¿qué viene usted a contarme a mí?

— Usted perdone; pero si pudiera decirselo a ella no se lo diría a usted.

— Menos mal.

— Sin embargo, a ella no sé cómo decirselo.

— ¡Diantre! Supongo que no voy a ser yo quien se lo diga. Háblele usted.

— No deseo otra cosa; pero como no viene...

— También es cierto que si no viene, usted no puede hablarle.

— Tráigala usted.

— Mi niña no hace más que su gusto.

— Pero si usted le rogase...

— Si le rogase, vendría.

— ¿De modo que?..

— De modo que yo no le rogaré, pues ello equivaldría a obligarla.

— Entonces no veo cómo...

— Y yo lo veo menos que usted.

— Y si en vez de venir ella aquí, yo fuese a casa de usted...

— ¡Bravísimo! Muy bien pensado.

— Conque estamos entendidos: usted me invita y yo voy.

— Estamos entendidos.

— Y hablaré con la señorita Clelia.

— ¡Quién sabe! Su habitación está separada de la mía...

— Siendo así, estamos como al principio. ¿Qué me aconseja usted que haga?

— ¿Aconsejarle yo? ¿Le parece si a mi edad?..

— También usted ha tenido veinte años y también ha amado.

— He tenido veinte años, no lo niego; y si tan convencido está usted de ello, le confesaré que también he amado.

— ¿Y qué haría usted en mi lugar?

— Quisiera pensarlo muy seriamente.

— ¿Y me corresponde a mí pensarlo?

— Me parece que sí.

— Gracias por el consejo, general.

Mi amigo se había lanzado a las osadías. Al día siguiente tomó la resolución de escribir a Clelia.

He aquí su carta:

«Soy una especie de salvaje, un ser que está entre el nuevo y el viejo mundo, pero que no pertenece ni

a uno ni a otro. Usted, señorita, se acordará seguramente de mí, porque sé que le he relatado mis peregrinaciones entre las tribus indias.

»En aquel relato hay un misterio, algo que no pertenecía a mis viajes, pero que se desbordaba de mi corazón.

»Sépalos usted de una vez: la amo.

»No se ofenda por esta confesión ni por la franqueza con que se la hago.

»No se burle de mi orgullo. He hecho cuanto he podido para vencerme a mí mismo, para sofocar una pasión sin esperanza.

»Sé que nada tengo para acariciar el sueño de ser amado.

»Y sé también que el alma de usted es buena, que su cuerpo es gentil y que el abismo de sus ojos es profundo.

»¿Qué quiere usted? La amo.

»He conjurado por todos los medios esta desgracia; pero mi culto se ha ido haciendo más grande cada día y el mismo alejamiento, que voluntariamente me impuse, ha empeorado mi situación.

»Mi culpa, si alguna tengo, es haber visto a usted; mas tampoco estaba en mi mano el no verla.

»Verla y no amarla... Mirar el sol y no sentirse iluminado por él...

»Dondequiera que yo fuese, usted me seguiría, porque la he colocado en el horizonte más límpido de mi mente; allí, usted me sonríe y yo le sonrío, usted me ama y yo la amo.

»Le parecerá audacia, impertinencia; pero es también amor.

»He confiado a usted mi secreto; no sé si se reirá de mi orgullo o se compadecerá de mi desventura. Tal vez una cosa y otra; pues si mi orgullo es grande no lo es menos mi desgracia y acaso todavía es mayor la bondad de su corazón.

»Diga una palabra y yo llevaré entre mis salvajes la imagen triste y bella que ha hecho palpar mi corazón por vez primera, y con ella poblaré mi soledad.

»Pero tendré el valor de afrontar mi suerte, pues tengo el alma de un joven que sabe sufrir.»

Raimundo consiguió hacer llegar a manos de Clelia esta carta el mismo día en que la escribió; y una vez realizada esta empresa, sintió que sus fuerzas flaqueaban. Parecíale unas veces haber llevado demasiado lejos su atrevimiento, otras haber pintado demasiado débilmente su estado, y otras haberse puesto en ridículo. Durante dos días sufrió un nuevo martirio; al tercero, recibió por el correo la siguiente carta de Clelia:

«Sr. Raimundo.

»Aprecio los sentimientos que le han inspirado su carta. Es usted un hombre leal y me habla el lenguaje de la franqueza y de la modestia.

»No imitaré su modestia; ni siquiera intentaré hacerle porque no sabría lograrlo; las mujeres son mucho más vanidosas que los hombres. Pero el ejemplo de su ingenuidad me mueve a mostrarme a usted tal como soy, con la verdad en los labios.

»No voy a revelar un secreto, pero sí a decir una cosa que sólo se confiesa a quien tiene el derecho de preguntárnosla..., y yo creo que usted tiene este derecho. Es mi deber hacerle conocer mi pasado.

»Es una historia sencilla, como muchas otras, pero acaso haré variar profundamente los sentimientos de usted.

»Usted, Raimundo, ha tenido madre.

»¿No es verdad que una madre es un ser bondadoso?

»Se recuerdan sus caricias y sus besos y sus reproches que llegan al corazón; se oye resonar durante mucho tiempo en los oídos el eco de una canción del país natal que la pobrecilla cantaba junto a la cuna; parécete a uno estar viendo siempre un rostro dulce inclinado sobre la almohada.

»El padre es más serio, pero sí también afectuoso. Quizás algunas veces levantó la voz regañando a su pequeñuelo; era una voz robusta que infundía algo de temor, pero cuando volvía de su trabajo, se dejaba registrar los bolsillos, que el buen hombre lavaba siempre llenos de caramelos para hacer feliz a su niño, porque sabía que a aquella edad hacen feliz los caramelos.

»¿No es verdad, Raimundo, que habríamos de sentir un gran dolor si nos quitasen de pronto la memoria de los años infantiles, si, mirando a nuestro pasado, no pudiésemos detenernos ante la mirada serena de nuestros pobres padres?

»Este dolor yo lo he sentido. No he conocido a mi madre; murió tan pronto, que no me es dado recordarla. Dijéronme, sin embargo, que era bella, joven y pobre, que había llorado mucho y que antes de morir quiso besarme. Yo la quiero mucho a mi madre; sueño con ella a menudo, pero de un modo

confuso y totalmente distinto de lo que puede imaginarse.

»De mi padre nada sé; al principio creí no haberlo tenido nunca.

»Mis recuerdos más remotos arrancan de hace catorce años. Yo tenía entonces cuatro y me acuerdo de una señora muy guapa a la que yo llamaba *mamá* y que me besaba y me regalaba confites para que le diese aquel nombre.

»Todos los demás la saludaban con respeto; sólo yo me sentaba sobre sus rodillas.

»Otra persona, de quien guardo recuerdo, era un señor viejo, pero robusto, a lo menos así me lo parecía a mí entonces, el cual me levantaba del suelo con un brazo, me sostenía sentada sobre la palma de la mano y me llevaba así de una habitación a otra entre mis risas y los tímidos regaños de *mamá*.

»Este hombre es hoy el general R.; aquella mujer era su esposa, la marquesa.

»De tiempos más recientes recuerdo una noche triste. No hacía aún dos horas que me había acostado, cuando me despertó de pronto el precipitado ir y venir de los criados por la casa: *mamá* había sido acometida de un ataque de parálisis y se agitaba convulsivamente en su lecho sin decir una palabra. Los médicos movían la cabeza de un modo significativo. Después de algunas horas de espasmo la pobrecita murió.

»Quedéme sola con el general. Me pusieron en un colegio hasta los diez y seis años y después me reuní con mi bienhechor.

»Esta es mi novela. Si he de juzgar por el concepto que de usted tengo formado, no he de temer que la historia de mi vida pueda hacer disminuir la estimación que usted me profesa.

»Su estimación, la estimación de los hombres que se parecen a usted me basta.

»Clelia.»

Raimundo vino a verme ebrio de gozo; dióme a leer la carta de Clelia y me repitió cien veces que era el más feliz de los hombres.

Pero cuando se hubo calmado en él el primer impulso de alegría y su corazón fué acostumbrándose a la felicidad inesperada, la natural insaciabilidad despertó mil temores y engendró pretensiones hasta entonces ignoradas.

Leyó una y otra vez aquella carta para buscar en ella una palabra de consuelo, y yo procuré convencerle de que el haberle escrito, el haberle confiado su pasado, el haberle dicho que apreciaba sus sentimientos era más de lo necesario.

Comprendía que Raimundo había avanzado un paso más y que no contento con que Clelia aceptase su amor, pretendía inspirárselo y aun habérselo inspirado.

Procuré decirle que, en mi concepto, Clelia estaba enamorada hacía tiempo y que la había visto ruborizarse tantas cuantas veces habíamos hablado de él, y entonces comprendí la verdad de mis sospechas: el mismo Raimundo hubo de confesarme que aquella carta le había parecido fría.

Confortado con mis palabras, pero más aún por la necesidad que sentía de esperanza, cogió una pluma y escribió a Clelia:

«La he bendecido por el bien que me ha hecho. Su confianza ha alimentado mis ilusiones. ¿Puedo aún esperar ser amado? Por eso le repito: ¿quiere ser mía? — *Raimundo.*»

A esta carta no obtuvo respuesta.

Esperó algunos días, y siempre el mismo silencio. Al fin vino a verme con el semblante contristado.

— Créeme, le dije; ve a hacer una visita al general.

— ¿Para qué?

— Créeme; vé a hacer una visita al general.

Aquel mismo día hizo Raimundo la visita.

* *

Ocho días después, mi amigo estaba atareadísimo. Llamado por él fuí a su casa y vi que el mobiliario se hallaba en el mayor desorden. Apenas me vió, salió a mi encuentro y pude observar que su rostro respiraba alegría; recomendó a Charrúa que vigilara los trabajos de los obreros y me llevó a la sala.

Sin darme tiempo de interrogarle, me participó su felicidad: se casaba con Clelia.

Fácil es comprender lo que esto significaba para él. Había hecho decorar de nuevo las habitaciones; había procurado adivinar todo cuanto pudiese ser grato a una mujer para colocarlo en sus salas, y tenía aún la cabeza llena de proyectos: «Aquí, decía, falta una estatuita, allí se necesita una luz, en este sitio habrá un espejo.

Yo contemplaba a Raimundo; el alma le resplandecía en el semblante; parecía otro hombre.

Por la noche quiso que le acompañase a casa de la condesa. Allí estuvieron antes Clelia y el general.

Todos mis estudios fueron para penetrar en el ánimo de Raimundo y ver si su curación era segura o si había que temer una recaída en su melancolía de antes; pero pronto quedaron desvanecidas todas mis dudas.

La felicidad nos transforma en absoluto, y la felicidad está en el amor.

Cuando hube formulado esta conclusión, saludé a la condesa, al general y a la señorita Clelia, estreché la mano a Raimundo y, halagado por el buen éxito de mi cura, fuíme a mi casa a acostarme.

Como yo no amaba, dormí profundamente; y como el contentamiento de Raimundo se reflejaba en mi corazón: soñé que tenía una novia y que esta novia me hacía una caricia.

* *

Por aquellos días enfermé. Tiempo hacía que esperaba esto: había previsto mi mal, lo había sentido serpentear por mis venas y me había resignado. Acometido de cuando en cuando de temblores en las piernas y sintiéndome muy débil, vime obligado a guardar cama. Mi aversión a la inercia forzada a que estaba condenado, hacíame insoportable aquel suplicio; mas como tenía la cabeza libre y mi inteligencia conservaba su lucidez, poco a poco me acostumbré.

Raimundo venía a verme diariamente; un día vino más alegre que de costumbre: todo estaba preparado y dentro de una semana, Clelia sería suya. Cogí una de sus manos y le sonreí con tristeza; él me besó en la cara.

— Asistirás a mi boda, me dijo.

— ¿Lo crees así?, preguntéle con la ingenua esperanza de los enfermos.

— Tengo de ello la certeza. Hoy estás mejor; estás menos pálido.

La víspera del matrimonio de Raimundo, quise esforzarme y salté del lecho; pero las rodillas se me doblaron y hube de buscar un apoyo para no caerme. El pronóstico de Raimundo salió fallido; no pude asistir a su boda.

Aquel mismo día vino el médico; observó que yo estaba mejor, pero para asegurar la curación me aconsejó los baños de mar. La estación era propicia.

Hablé de ello a Raimundo y aprobó la idea del médico, por lo que resolví marcharme a Génova en cuanto pudiera tenerme en pie.

Tres días después pude dar algunos paseos por mi cuarto sin ayuda del bastón y como no esperaba otra cosa decidí partir el día siguiente.

Charrúa vino, como de costumbre, a preguntarme cómo estaba y por conducto suyo comuniqué a Raimundo mi resolución y lo mucho que sentía no poder saludar a su esposa antes de partir. Hícele decir, además, que le esperaba para utilizar su brazo.

A la mañana siguiente, Raimundo y Charrúa estaban en mi cuarto. El portero había subido antes y me había preparado el equipaje y ayudado a vestir; de modo que en un instante estuve listo, y, apoyado en mi amigo y en Charrúa, bajé la escalera.

A la puerta había parado un coche; hice además de subir a él y por la portezuela salió una mano blanca para ayudarme. Miré al interior del carruaje con ojos sorprendidos y vi en él a Clelia.

No puedo decir si en aquel momento fué en mí más grande la gratitud o el placer.

Hízome sentar a su lado y con acento de sinceridad me dijo cuánto sentía mi dolencia.

Mirando a Raimundo, comprendí la felicidad.

¡Qué diferencia en la expresión de sus miradas y qué nueva armonía en las líneas de su rostro! ¿Dónde estaba el secreto de su paz? Habíala buscado en todas partes menos en su casa, y he aquí que su ángel doméstico le había sonreído y dado un corazón virgen y un afecto sereno, en vez de las pasiones de la culpa.

Entonces púseme a pensar. Hasta hace poco la soledad con sus miedos; ahora un semblante amoroso que se mira en sus ojos, un cuerpo esbelto y flexible que se aprieta sobre un pecho y un corazón que late al unísono del suyo.

La sociedad, hasta ayer, abrióle sus salones dorados, en donde se encuentran hombres que, estrechando la mano y murmurando al oído la maledicencia; ofrecen a todos un fantasma de amistad, y mujeres de miradas abrasadoras que cambian con ellos un fantasma al que dan el nombre de amor. Podía robar cien besos de aquellos que abrasan y destruyen y se contentó con uno que purifica. La felicidad estaba en la elección y este es el secreto que ha salvado a Raimundo.

Y mientras pensaba todo esto, miraba a Clelia; estaba pálida y bella, de esa belleza buena que es el ideal del artista.

Quien ha sentido en su pecho una inspiración y ha deseado un ideal y ha creído encontrar las formas del mismo en las perfecciones de la materia, no arrancará nunca al arte su secreto: la naturaleza lo ha creado copista. El mundo de las cosas tiene sus revelaciones; pero son limitadas dentro de su inmensidad; un fragmento de columna que tocase a las nubes, no sería una columna.

El ideal se pierde en el cielo; el arte habría muerto sin la idea.

La belleza es la perfección de la materia; la bondad es la perfección del espíritu, y la belleza y la bondad unidos son la perfección del arte.

Continuaba yo mirando a Clelia con expresión de tristeza. Joven, bella, amada, ¿qué faltaba a su felicidad? No sabía decírmelo a mí mismo; veía su contento y la dulce serenidad de sus ojos y oía su alegre charla y aun me parecía que había de compadecerla y subíanme del corazón a los labios no sé qué vagas palabras de consuelo.

Hoy, después de tantos años, pareceme que me despedí de ella con un «adiós» y que ella, estrechándome la mano, me contestó:

«Hasta la vista.»

«De usted depende que sea pronto», añadió, y éstas fueron sus últimas palabras.

«Depende del cielo», pensé.

Sonó la señal de la salida del tren. Abracé a Raimundo, saludé nuevamente a Clelia y partí.

* *

Una tarde paseábame a lo largo de la playa, pues desde hacía mucho tiempo mis nervios me permitían, y hasta diré que exigían, los largos paseos. Había dejado atrás los rumores de la ciudad y me encaminaba lentamente hacia San Pier d'Arena. La brisa marina rizaba las ondas que, empujándose unas a otras, venían a morir a mis pies, y yo me sentía triste, con aquella tristeza dulce que nada tiene de dolor. Cuando me sentí cansado, trepé a un peñasco y me senté.

Recordé entonces lo que el Sr. S. me había dicho la tarde antes, acerca de la isla de Cerdeña y su invitación para que fuera yo con él a pasar allí algunos días.

La playa estaba desierta y me acordé de las solitarias riberas de mi patria. El mar rompía su lamento sobre las rocas con ritmo severo, tal como yo lo había oído durante tantos años en mi infancia; y parecíame entonces que yo era un ingrato y pensé que aquella tierra de la cual yo huía habíame dado, sin embargo, la luz, y me había nutrido con los frutos de sus fértiles campos.

Recapareció en mi mente el sereno semblante de mi madre y sus grandes ojos negros y los hilos de plata que circundaban la frente de la pobre mujer, amiga de mi primera existencia. Recordé las fantasías soñadas sobre sus rodillas, los cuentos de las noches de invierno y los fantasmas del hogar; subí las conocidas escaleras, recorrí las estancias conocidas y volví a ver los conocidos rostros que me habían prodigado sus sonrisas. Oí el repique de las campanas que me despertaba sonriente en mi camita y los gritos ensordecedores y los disparos de los morteretes que festejaban a la buena santa patrona de la aldea, y vi desbordarse por las calles una multitud pintoresca vestida de cien modos diversos, risueña y alegre como una mañana de abril.

«¿De modo, pensé, que no volveré a ver aquellos lugares que conservan tanta parte de mí mismo, ni los bronceados rostros de mis conterráneos, ni oír aquellas canciones ni el lamento de aquellas cítaras nocturnas? Y en realidad no sería una gran molestia ir allí. Quince días, ¿qué son quince días para un artista para quien el propio capricho es ley?»

»Vamos a ver, sigo fantaseando, por supuesto. Partiría mañana con el Sr. S., es decir, acompañado; llegaría allí dentro de tres días; volvería a ver a algún amigo y lo encontraría cambiado; acaso pulsaría alguna cuerda que pudiera despertar en mi corazón una armonía adormecida; visitaría como en triste peregrinación mi vieja casa y los tugurios de los pobres que eran en otro tiempo los amigos de mi madre y quizás vería abrirse, a la noticia de mi llegada, aquellas carcomidas puertas y salir a mi encuentro alguna viejecita, que recordaría haberme llevado en brazos, para besarme en la boca. Después me encaminaría por un sendero triste y luego de saludar las paredes de un recinto solitario, iría a buscar la tumba de mis seres queridos..., aunque yo no dormiré mi último sueño junto a ti, pobre madre mía.»

(Se continuará.)

ACTUALIDADES EXTRANJERAS. — LA CARRERA DEL GRAN PREMIO DEL AUTOMÓVIL CLUB DE FRANCIA. — LA CATÁSTROFE DE CHATENAY



El público llevando en triunfo a Boillot, ganador del Gran Premio del Automóvil Club de Francia.

Con gran interés era esperada la carrera automovilista llamada del Gran Premio del Automóvil Club de Francia, que desde 1906 viene celebrándose todos los años y en la cual toman parte las más importantes casas constructoras francesas y extranjeras. Esta carrera se corre en un circuito, el de Amiéns, al que hay que dar 29 vueltas, formando un total de 916 kilómetros, 800 metros, y en el reglamento de la misma se dispone que cada coche no puede recibir más que 20 litros de esencia por cada 100 kilómetros.

Los coches inscritos para esta carrera, que se efectuó el día 12 de este mes, fueron 20, a saber: *Sunbeam I* (piloto Caillot, mecánico Smith, 1.072 kilogramos, pneus Dunlop); *Delage I* (Bablot, Saussón, 1.036 kil., Continental); *Opel I* (Joerns, Breckheimer, 842 kil., Continental); *Mathis I* (Esser, Henrard, 820 kil., Continental); *Excelsior I* (Christiaens, Dils, 1.008 kil., Palmer); *Schneider I* (Croquet, Didier, 1.098 kil., Continental); *Itala I* (Nazzaro, Cosso, 1.100 kil., Continental); *Peugeot I* (Boillot, Prevost, 1.040 kil., Pirelli); *Sunbeam II* (Resta, Hárrison, 1.078 kil., Dunlop); *Delage II* (Guyot, Semos, 1.028 kilogramos, Continental); *Excelsior II* (Hornsted, Caerells, 1.005 kil., Palmer); *Schneider II* (Gabriel, Mongeot, 1.080 kil., Continental); *Itala II* (Pope, Anderella, 1.099 kil., Continental); *Peugeot II* (Goux, Begin, 1.038 kil., Pirelli); *Sunbeam III* (Chassagne, Mitchel, 1.068 kil., Dunlop); *Schneider III* (Champoiseau, Dacliu, 1.098 kil., Continental); *Itala III* (Moriondo, Foresti, 1.099 kilogramos, Continental); *Peugeot III* (Delpierre, Marronet, 1.045 kil., Pirelli); *Sunbeam IV* (Guinness, Cook, 1.074 kilogramos, Dunlop); *Schneider IV* (Thomas, Benblant, 1.090 kilogramos, Continental).

El *Itala II* y el *Peugeot III* se retiraron antes de empezar la carrera; *Opel I*, a la segunda vuelta; *Schneider II*, a la cuarta; *Sunbeam I*, a la quinta; *Mathis I*, a la novena; *Itala I*, a la décimatercera; *Itala III*, a la décimaquinta; y *Sunbeam IV*, a la décimasexta. Terminaron, pues, la carrera once coches, habiendo resultado vencedor el *Peugeot II*, dirigido por Boillot, que hizo el recorrido en 7 horas,

53 minutos, 56 $\frac{4}{5}$ segundos. Los demás pilotos quedaron clasificados por el orden siguiente: Goux (7 horas, 56 minutos, 22 segundos); Chassagne (8 horas,

6 m., 20 s.); Bablot (8 h., 16 m., 13 segundos); Guyot (8 h., 17 m., 58 segundos); Resta (8 h., 21 m., 30 s.); Champoiseau (8 h., 44 m., 37 s.); Christiaens (8 h., 57 m., 23 s.); Thomas (9 h., 4 minutos); Croquet (9 h., 12 m., 56 s.); y Hornsted (9 h., 37 m., 40 s.).

Cuando Boillot terminó su carrera, el público se lanzó sobre él y lo llevó en triunfo a la tribuna de honor, en donde fué felicitado calurosamente por el general Piquart y por el prefecto del Somme.

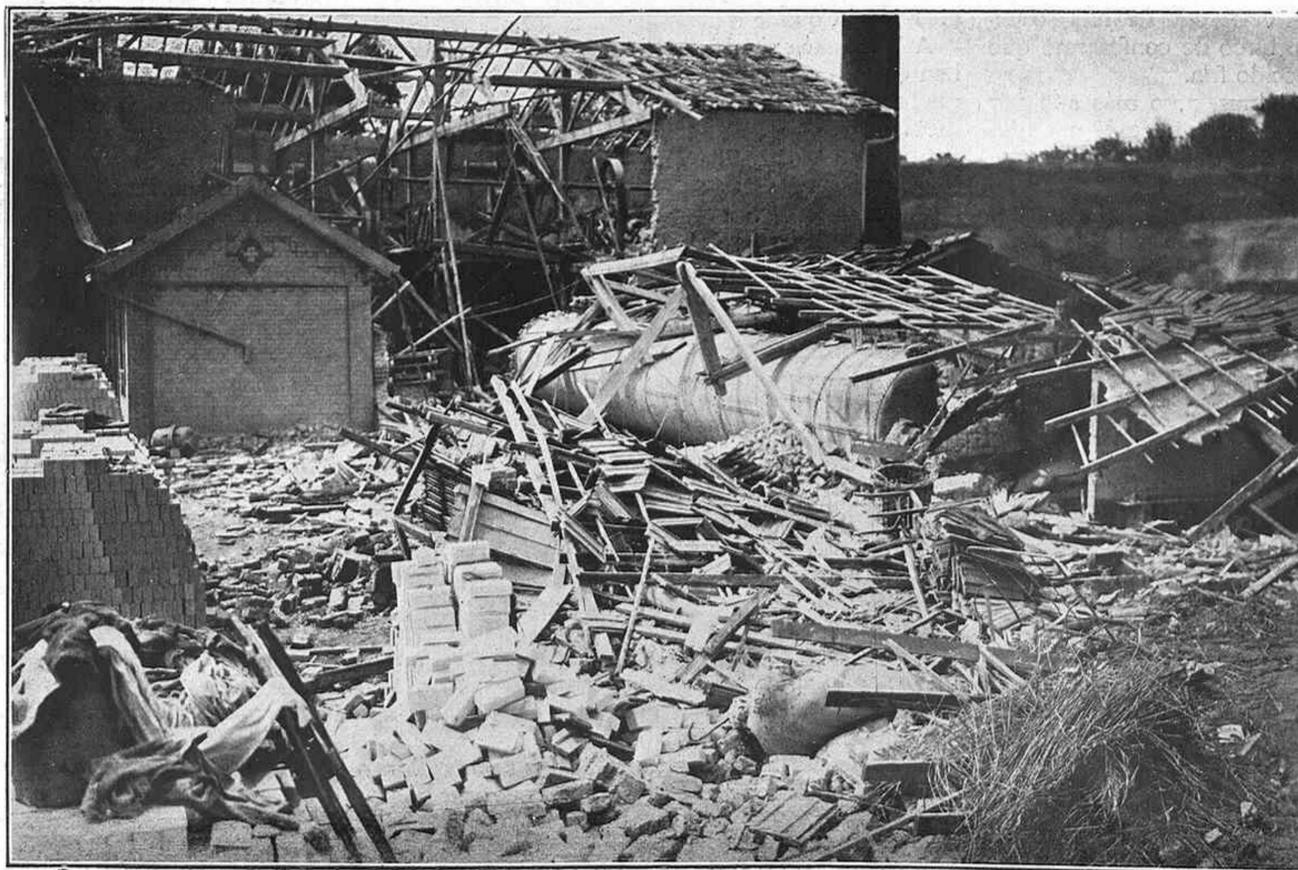


Boillot y su mecánico Prevost, que en un automóvil Peugeot han ganado el Gran Premio del Automóvil Club de Francia. (De fotografías de M. Branger.)

En la madrugada del día 12 del actual, una terrible explosión destruyó la fábrica de ladrillos Lafontaine, situada en Chatenay. Componiase ésta de dos edificios,

en uno de los cuales, destinado a la cocción de los ladrillos, había dos autoclaves, especie de grandes tubos de hierro fundido, de diez metros de largo por dos de diámetro, en los cuales se introducían las vagonetas cargadas y por los que pasaba una corriente de vapor, quedando aquéllos cocidos al cabo de una hora. Uno de estos autoclaves estalló y sus enormes pedazos, al mismo tiempo que la fábrica se derrumbaba, fueron a caer sobre un edificio anejo en donde dormían los trabajadores de día, que quedaron sepultados bajo los escombros.

Organizados los trabajos de salvamento, fueron re-



La catástrofe de Chatenay. — Vista general de los escombros de la ladrillería después de la explosión, que causó siete muertos y nueve heridos. (De fotografía de M. Branger.)

tirados tres muertos y trece heridos, de los cuales cuatro fallecieron a los pocos instantes. — S.

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de Vidal.)

El día 10 de este mes efectuóse en la antecámara del palacio real el acto de presentar sus credenciales a S. M. el rey D. Alfonso XIII el nuevo ministro plenipotenciario de la República de Cuba en España Sr. García Kohly.



El nuevo ministro plenipotenciario de Cuba Sr. García Kohly (x) saliendo de palacio después de presentar sus credenciales a S. M. el rey

Con el ceremonial acostumbrado trasladóse el Sr. García Kohly al regio alcázar, acompañado del primer introductor de embajadores conde de Pie de Concha; en otro carruaje iban el secretario de la legación Sr. Pichardo y el agregado Sr. Martí.

El nuevo representante cubano fué recibido en la antecámara por el monarca, que vestía uniforme de infantería con insignias de capitán general y a quien acompañaban el ministro de Estado Sr. López Muñoz, los jefes de palacio marqueses de la Torrecilla y Viana, el jefe de la Casa Militar general Aznar, el grande de España de guardia marqués de Santillana, el mayordomo de semana Sr. Creus, el oficial mayor de alabarderos de guardia coronel Tovar y el ayudante de servicio barón de Casa Lavalillo.

Hecha la entrega de credenciales, el Sr. García Kohly pronunció un breve y sentido discurso testimoniando el cariño que el pueblo cubano profesa a la nación española y a su bandera que, enlazada con la de Cuba, ondeó en los

edificios públicos de la Habana durante las recientes fiestas. Asimismo expresó las grandes simpatías que en aquella isla inspira la augusta persona de S. M. el rey D. Alfonso XIII.

Terminada la ceremonia oficial, el monarca conversó afablemente con el señor García Kohly, con el secretario y el agregado, cruzándose frases de gran cariño para ambos pueblos.

Poco después, el nuevo ministro plenipotenciario regresó, con el mismo ceremonial que a la ida, a su residencia.



El caíd Miziam el Bueno y su hijo, que han venido a España para el ingreso del segundo en la Academia de Infantería

Procedente de Melilla y de paso para Toledo, ha permanecido hace pocos días unas horas en Madrid el moro amigo de España Miziam *el Bueno*, caíd de Mazuza. Acompañale en su viaje su hijo Mohámed ben Miziam Bel Kasen, que se propone ingresar en la Academia de Infantería.

El joven Mohámed cuenta diez y seis años y hasta hace tres no sabía leer ni escribir el castellano; a pesar de lo cual en este período relativamente corto no sólo se ha instruido en nuestro idioma, sino que, además, se ha preparado para examinarse en la citada academia bajo la dirección del comandante de Artillería Sr. Trujillo.

Mohámed hállase en posesión de la cruz roja del Mérito Militar y de la medalla de la campaña por méritos contraídos en servicio de España.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. - Aragón, 255, BARCELONA

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. - Calle de Aragón, núm. 255. Barcelona

GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

ZEISS GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

LA FIESTA DEL TRIUNFO EN LA ESCUELA ESPECIAL MILITAR FRANCESA DE SAINT-CYR

Es ésta una fiesta tradicional que se celebra todos los años al terminar el curso y cuya parte esencial la constituye el bautismo de la última promoción. Antiguamente celebrábase en la intimidad y constituía, en cierto modo, durante algunas horas, el desquite del espíritu de sátira sobre la severa disciplina a que están sometidos en aquel establecimiento los futuros oficiales del ejército francés; pero desde hace algunos años es una solemnidad casi oficial, que ha conservado, sin embargo, todo su carácter alegre, y en la cual se divierten tanto los actores como los espectadores.

Cada promoción lleva en Saint-Cyr un nombre especial que la distingue de las otras y que recuerda algún gran acontecimiento de la historia de Francia; para la última ingresada escogióse el de «María Luisa», en memoria de los quintos que hace precisamente cien años se cubrieron de gloria en los campos de batalla de Lutzen y de Bautzen. De aquí que la fiesta de este año comenzara por una evocación de la campaña de 1813.

Cuando los invitados penetraron en el patio de Wagram, fueron recibidos por los alumnos de la escuela disfrazados de soldados y mariscales de fines del primer Imperio. Luego «el Emperador», después de haber revistado sus tropas, lanzólas al ataque de



Desfile de los alumnos de la última promoción. (De fotografía de M. Kol.)

un destacamento de austriacos, al que naturalmente los «María Luisa» causaron una tremenda derrota.

Terminada esta primera parte, el público se trasladó al sitio destinado a la educación ecuestre de los alumnos, ocupando las tribunas que al efecto se habían levantado alrededor del picadero. En la de honor estaban el general Bigot, director de la escuela; el prefecto de Sena y Oise, varias personalidades políticas y gran número de señoras ataviadas con elegancia.

Entonces se efectuaron varios ejercicios a caballo, carrousel, saltos de obstáculos, concurso hípico; siguieron después algunos números cómicos y luego se efectuó la ceremonia del bautismo. Reunidos los jóvenes de la última promoción en un grupo, uno de los alumnos antiguos los presentó al general Bigot y a los invitados; y después de haber recordado la epopeya de los «María Luisa», hizo arrodillar a los neófitos y los bautizó. Los «melones», como se llama a los cadetes últimamente entrados, convertidos en «antiguos», se levantaron prorrumpiendo en vivas entusiastas.

Terminó la fiesta con la representación de una revista, en la que los saint-cyrianos dieron muestra de su ingenio.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

PETITES PROSES, por R. Surinach Sentles. — Difícil es clasificar dentro de los géneros literarios conocidos las composiciones que forman este libro: no son cuentos, ni narraciones, ni apólogos, ni pensamientos, y sin embargo, son todas estas cosas juntas condensadas para cada asunto en poquísimas líneas, que, a pesar de ser muy pocas, encierran un sentimiento hondísimo y una altísima filosofía. *Petites proses* es un conjunto de exquisiteces, una serie de visiones y emociones admirablemente observadas y sentidas y exteriorizadas en la más bella forma. Un tomito de 120 páginas editado en Barcelona por «L'Il·lustració Catalana» e impreso en la casa J. Thomas.

EL HOGAR. RESIDENCIA DE ESTUDIANTAS Y ATIENELO FEMENINO. — Folleto de 14 páginas impreso en Barcelona en

la imprenta «La Renaixensa», en el que se explican el objeto, la organización y las condiciones de estancia de esta notable institución, destinada a prestar grandes servicios a la formación de la mujer española. El Hogar, que ha sido fundado y está dirigido por la notable escritora D.^a Carmen Karr, funciona bajo un protectorado de señoras presidido por S. A. R. la Serenísima Sra. Infanta D.^a Paz de Borbón, princesa de Baviera.

URBANIDAD Y BUENAS MANERAS DEL SACERDOTE, por L. Brancherian, traducción del P. Dionisio Fierro Gasca, Escolapio. 2.^a edición. — La rapidez con que se ha agotado la primera edición de este libro, único en su género, constituye el mejor elogio del mismo, que es en el fondo un verdadero tratado de los deberes exteriores del sacerdote y un manantial de conocimientos para que éste se haga elevado, digno, delicado, grato a sus semejantes y estimado por los que le tratan. La obra ha merecido calurosísimos elogios de muchos preladados

y ha sido recomendada en los seminarios como un libro de texto utilísimo y de imprescindible necesidad. Un tomo de 394 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 3 pesetas en rústica y 4 en tela inglesa.

DISCURSOS LEÍDOS EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA, en la recepción pública de D. Ramón D. Parés, el día 16 de febrero de 1913. — Se han publicado estos discursos, que son uno del Sr. Parés y otro del señor Rahola. El del primero, titulado «Verdaguer y la evolución poética catalana», es un estudio tan concienzudo como cariñoso e imparcial del inmortal autor de *L'Atlàntida* y de la poderosa influencia que ejerció en la poesía general de Cataluña; y el segundo constituye un justo y entusiasta elogio del nuevo académico, crítico eminente y al par poeta inspiradísimo. Un folleto de 30 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de la Casa Provincial de Caridad.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
105, Rue St-Honoré, 105
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el outis limpio y terso
Casa CANDES B^o St-Denis, 70

NUEVA REIMPRESION
FABULAS DE ESOP
traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PÍDASE PROSPECTO J.A.
LEITZ
GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holz.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaría.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN